Sobre los orígenes del peronismo□

Por Juan Carlos Torre□

(UTDT)

Recientemente he publicado *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los Orígenes del Peronismo* y hoy quisiera compartir algunas reflexiones sobre la importancia que, en el estudio de los orígenes del peronismo, he llegado a adjudicar a la *coyuntura histórica*. Bajo esta referencia quiero llamar la atención sobre esos períodos de aceleración de la historia, en los que se desarticula un campo determinado de fuerzas y de equilibrios políticos y se abre una escena llena de virtualidades, en la que los actores hacen ahora sus apuestas intentando definir el perfil futuro del orden político. Quienes han leído *El 45,* de Félix Luna, y han acompañado su relato acerca de la suerte cambiante de los personajes en pugna durante ese año decisivo, cuando la fortuna política se inclina de un lado y de otro para volver a revertirse hasta el desenlace, entenderán bien qué es lo que quiero significar al llamar la atención sobre la coyuntura histórica.

El punto que quiero destacar es el siguiente: la reconstrucción de esa historia azarosa que transcurre entre 1943 y 1946 es central para la comprensión del peronismo. Este señalamiento puede parecer banal. ¿Quién no menciona en los estudios sobre el peronismo los avatares de la lucha política en esos años? Pero frente a este privilegio de la coyuntura cabe siempre un argumento alternativo. ¿Acaso Ud. no cree necesario hacer referencia al pasado inmediato, a la sociedad en la que el peronismo surge? De hecho, la referencia de la década del treinta ocupa un lugar central en las interpretaciones del peronismo. Así, se evocan, por un lado, los problemas de legitimidad del viejo orden conservador, y por otro, las transformaciones de la estructura social que acompañan la industrialización. Sucede, empero, –creemos necesario subrayar-, que, a menudo, hablar de la crisis del viejo orden y de las mutaciones estructurales a través de las cuales éste se transforma, lleva a trazar una relación demasiado directa (a veces, una relación de necesidad) entre estos fenómenos y el nuevo régimen que emerge. Como si una vez localizadas las causas del pasado, -para decirlo con las palabras de François Furet- la historia se moviera por sí sola, dirigida por ese impulso inicial.

El estudio de la formación del peronismo se resuelve no pocas veces en la tentación de hacer de él el fruto de los procesos sociales y políticos previos. Que el peronismo tenga sus causas y que ellas nos remitan a la sociedad argentina de la "década infame" y la industrialización, no significa, agregamos nosotros, que el peronismo estuviera todo entero contenido en ellas. Si bien es posible identificar los procesos que anticipan el derrumbe del viejo orden, resta todavía esclarecer la contribución que hace a la resolución de la crisis la coyuntura de los años 1943 a 1946, en la cual las distintas fuerzas sociales se confrontan procurando imprimir un rumbo a los acontecimientos. ¿Significa esto que abandonamos un razonamiento en términos de procesos y de causas, para postular en su lugar una historia narrativa, que se limita a acompañar pasivamente los aciertos y los errores de los actores? De ningún modo. Lejos estamos de proponer la adopción de la perspectiva de los protagonistas, para los cuales todo es a la vez incierto y posible. La coyuntura histórica no

□ Publicado en Revista *La Ciudad Futura*, 23/24, junio-setiembre de 1990.

está suspendida en el vacío; hay numerosas restricciones, que van desde la naturaleza de las relaciones sociales hasta el clima de ideas de la época.

Pero lo que queremos subrayar es que estas restricciones no tienen sentido más que con referencia a la acción de los actores políticos. *Lo que quiere decir que un estado dado de los elementos sociales y culturales —la Argentina tal como puede ser descripta en las vísperas de 1943— admite cierto número de desenlaces políticos, y lo que es preciso establecer es cuál de todos ellos termina por definir el perfil del país que va a emerger finalmente.* El tránsito de la restauración conservadora al ascenso del peronismo no se produjo por una avenida de mano única. A la largo de 1943 a 1946 varias fueron las rutas alternativas delante de las que se encontraron los protagonistas de esta historia. La tarea primera del análisis histórico es ser sensible a este hecho y evitar la trampa de la historia positiva, para la cual el pasado es apenas el prólogo a la realización del presente actual. La segunda tarea, no menos importante, es la de instalarse en la coyuntura para ir identificando en la percepción de los actores, en sus creencias, en sus decisiones, en las consecuencias inesperadas de sus actos, cómo se va gestando la secuencia que conducirá, por obra de la política, el desenlace final.

Veamos más concretamente lo que hemos intentado decir a manera de hipótesis de trabajo. El peronismo, como movimiento y como régimen político, está asociado a un fenómeno singular, el del *sobredimensionamiento* del lugar político de los trabajadores organizados. Digamos que la palabra sobredimensionamiento tiene por finalidad poner de relieve esa singularidad: no basta afirmar que el lugar político de los trabajadores organizados es importante en el peronismo. Importante lo es en las sociedades industriales maduras, pero la Argentina de los años cuarenta es un país en vías de industrialización. Sin embargo, en ella el lugar político de los trabajadores organizados es comparable al que éstos tienen, por ejemplo, en la Inglaterra de la época: de allí que hablemos de sobredimensionamiento. Ese lugar es importante también con relación a experiencias políticas de signo parecido al del peronismo, como el varguismo en Brasil. Pero en el varguismo el lugar político de los trabajadores organizados, aunque más sobresaliente de lo que fuera en el período anterior de la historia de Brasil, estará diluido dentro de una coalición de fuerzas sociales, mientras que en la Argentina peronista será el soporte principal del régimen y un componente clave del movimiento.

¿Cómo dar cuenta, pues, de este sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados? ¿Basta evocar para ello las transformaciones de la estructura productiva, de la estructura urbana, que se resumen en los desplazamientos de la población rural a las ciudades y las fábricas operados en la década del treinta? ¿Es acaso este fenómeno político un emergente natural de los procesos sociales previos? Ciertamente, que dichos procesos sociales hayan acontecido nos permite hablar del fenómeno que estamos considerando. Pero el solo hecho de caracterizarlo como un fenómeno de naturaleza política nos invita a dirigir la atención, más allá de las transformaciones estructurales, hacia el mundo de la política.

Este es el camino por muchos recorrido, pero habitualmente para identificar allí, en el mundo de la política, un proyecto, una intención. En esos casos estamos ante una tendencia muy frecuente de los análisis históricos, cual es la de razonar retrospectivamente, desde las consecuencias generadas por una coyuntura hacia atrás, hacia la caracterización de la coyuntura misma: como si dichas consecuencias fueran todas el producto de un proyecto, de una intención de los actores y no, como sucede a menudo, el producto de los efectos no queridos de sus acciones. Esto fue, en rigor, lo que sucedió con el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados. Porque si algún proyecto es posible identificar, si alguna intención comanda las iniciativas políticas de la nueva élite dirigente en el poder y de Perón en el momento que surge como su portavoz hacia fines de 1943, en ellos se reserva a los trabajadores organizados un lugar menos destacado del que habrán de tener en definitiva. Y es el fracaso de esa tentativa ideal el que

conduce a que dicho lugar se redimensione y agrande por obra de las vicisitudes de la lucha por el control del estado en la coyuntura de 1943-1946.

¿Cuáles son los rasgos de esa tentativa frustrada? Sus tres componentes son bien conocidos: la gestión reformista desde la Secretaría de Trabajo, la búsqueda del apoyo del aparato electoral del radicalismo, el discurso en la Bolsa de Comercio. De estos tres componentes, la innovación corre por cuenta de la política social; con ella y las otras dos operaciones políticas, Perón intenta triunfar en una empresa en la que otros antes que él han fracasado: la empresa de reconstruir un estado o (si se prefiere una caracterización menos estruendosa) la de resolver el problema de la legitimidad política.

En otras palabras, Perón intenta levantar en el sitio ocupado por el estado parcial y representativo de la restauración conservadora un estado más inclusivo y a la vez más autónomo. Para ello trata de devolver a las instituciones la legitimidad corroída por la existencia de un orden excluyente y de ampliar las fronteras del pacto estatal mediante la combinación de las piezas dispersas y fragmentadas de la vieja y la nueva sociedad. En su objetivo, ya que no en su diseño, es un proyecto afín a aquel otro que, en la visión de Juan Carlos Portantiero, asociara al general Justo, al presidente Ortiz y al líder radical Alvear en la tentativa transformista de los años 1938-1940 y cuya frustración marcó el cénit de la capacidad de dirección política de la antigua elite dirigente. Con la Revolución de Junio, esa empresa es ensayada nuevamente, pero ahora, y aquí reside la novedad, lo es por un jefe militar que intenta sustituir a los dirigentes políticos del pasado y convertirse en el polo del compromiso social e institucional.

Sabemos que ese proyecto, concebido a la manera de un bonapartismo, está destinado también él a fracasar y a experimentar luego un giro rotundo en el año decisivo de 1945. Reconstruyamos sucintamente sus avatares, tomando como eje uno de sus elementos claves, la política de intervencionismo social en favor de los trabajadores.

Dicha política comenzó siendo, en su origen, mucho más modesta de lo que las imposiciones de la lucha política la llevaron a ser después. Ella formó parte de una modernización de las relaciones de trabajo que intentaba reformar las prácticas existentes sin romper abiertamente con los sectores patronales. Las innovaciones de esta intervención fueron presentadas - según surge del discurso de 1944 en la Bolsa de Comercio- como si estuvieran al servicio de la regeneración y la salvaguarda del orden social vigente, y no del establecimiento de otro completamente nuevo. No creemos que esta prudencia violentara las convicciones íntimas de quien colocaba sus iniciativas bajo los auspicios de la doctrina social de la Iglesia y, en forma más privada, admitía su deuda para con las enseñanzas del fascismo social europeo, en su lucha contra la amenaza comunista, que era la obsesión de los militares de 1943.

Este último aspecto debe ser destacado. La política de reformas sociales, más que suscitada por la fuerza de la movilización popular —que a fines de los años treinta es más bien débil y todavía embrionaria— cumple una función anticipatoria y es la de prevenir los peligros potenciales que encerraba el precario estado de las relaciones de trabajo en el marco de una expansión de la población obrera. De allí que esté dirigida inicialmente a beneficiar a aquellos sectores del mundo del trabajo, como los viejos sindicatos de servicios, que por su organización y sus experiencias sindicales estaban en condiciones de servir como eje de articulación a la agitación social. Prudente y limitado, el intervencionismo social encontró, a poco andar, la frialdad primero y la resistencia después de los sectores empresarios.

Frente a la actitud de los empresarios, ¿debemos hacer nuestra, como acostumbran no pocos historiadores del peronismo, la visión de los militantes obreros *y* la del propio Perón, y limitarnos a constatar en dicha actitud la reacción previsible de un sector celoso de sus privilegios? Siguiendo con el enfoque que propongo creo que es preciso ir más allá e incorporar al análisis, como lo hiciera Tulio Halperín Donghi, la distinta evaluación que los sectores patronales y la élite militar hacen del estado de la cuestión social.

Perón procura justificar su gestión en la necesidad de prevenir la agudización de la lucha de clases. Presentándose como el garante del orden, no ignora que un llamado semejante ha tenido buena acogida entre empresarios no menos conservadores que los argentinos. Pero lo que faltaba en la Argentina de 1944 era la condición que llevó a los grupos patronales en los países en los que floreció el fascismo social a volcarse a una política de reformas, aun al precio de sacrificios inmediatos. Esto es, faltaba la sensación de amenaza ante la presencia de un movimiento obrero combativo. Nada había, en efecto, en la experiencia anterior de los empresarios que les aconseje pagar el tributo que les reclama el Secretario de Trabajo para evitar el peligro inminente de una revolución social.

¿Debemos concluir entonces que estamos ante el conflicto entre una clase ciega a su propia ruina y una élite esclarecida, dispuesta a salvarla, contrariando las tendencias naturales de esa clase que la llevan a empujar el país entero hacia el abismo? Que ésta sea la interpretación de Perón no la hace más convincente a los ojos de los empresarios ni, lo que es más importante, más cercana a los hechos. En rigor, la gestión del Secretario de Trabajo tiene toda la apariencia de una profecía que se autorrealiza: su política social, en lugar de pacificar, lo que hace es aumentar la movilización del mundo del trabajo, para invitar luego a las clases propietarias a actuar en consecuencia.

Pero ¿cómo no sospechar de los objetivos de una política que en nombre de la paz multiplica los conflictos, que en nombre de la conciliación de clases exaspera las tensiones sociales? No es necesaria demasiada sagacidad para descubrir, detrás de ella, una tentativa de sustitución política. Porque si Perón está lejos de proponerse dejar abierto el campo a la espontaneidad obrera, es invocando su presencia, su potencial explosividad, que procura forzar a las clases propietarias a delegar el poder en el estado. El rechazo de los medios patronales a las reformas de la Secretaría de Trabajo habrá de inscribirse, así, en un rechazo más amplio: el de un proyecto político que consolidaría, al mismo tiempo, la influencia de los sectores obreros en la vida social y política del país, y el papel arbitral de una nueva élite dirigente en el estado.

A la luz de estos elementos es posible concluir, a modo de argumento general, que en ausencia de una aguda polarización social, de un desbordamiento del sistema político o de un fraccionamiento del viejo bloque en el poder, las posibilidades de que se fortalezca naturalmente un actor estatal emergente como Perón son muy limitadas. Y en la Argentina anterior a 1943 no tenemos ni una aguda polarización social, ni un desbordamiento del sistema político, en tanto que los grupos tradicionales dominantes (esto es, la gran burguesía agraria capitalista) ejercen su predominio, no obstante algunos choques parciales, sobre el conjunto de los sectores propietarios rurales o industriales.

A la oposición de los patrones se suma el fracaso de las conversaciones con el Partido Radical. El año 1945 comienza siendo un momento de viraje para la Revolución de Junio antes de serlo para la sociedad sobre la cual su obra dejaría huellas tan profundas y permanentes. La evolución de la situación internacional, con la victoria inminente de los ejércitos aliados, modifica radicalmente el marco escogido por los coroneles argentinos para lanzar su experimento político. El año se inicia, así, bajo el signo de la normalización institucional, que tiene por objetivos la ruptura del aislamiento diplomático en que se encuentra el régimen, y, no menos importante en los cálculos de Perón, la búsqueda de la sucesión constitucional. Con ese fin, el hombre fuerte de la revolución de Junio ha hecho avances sobre Amadeo Sabattini, líder del ala de izquierda del radicalismo que sustenta una posición neutralista frente al conflicto bélico.

La reorientación del gobierno es bien pronto interpretada como el anticipo de su próximo colapso. Sabattini no se muestra dispuesto a recoger la herencia política del régimen y prestar su apoyo a quien parece tener los días contados. Por otro lado, el Partido Radical está acosado por la efervescencia de la movilización antifascista de las clases medias que están ansiosas por imponer la rendición incondicional de Perón. En estas circunstancias, Perón se verá llevado a hacer un llamado a los sectores populares y los sin-

dicatos que, inicialmente, tenían asignado un lugar secundario en su proyecto ideal. He aquí una razón más del sobredimensionamiento del lugar político que habrán de ocupar a partir del 17 de Octubre en la marcha hacia el poder y en el régimen que luego emerge.

Este fue, creemos, un punto de llegada que reflejó sólo parcialmente las intenciones originales de Perón y debe ser visto, más bien, como un efecto inducido por la cambiante trama de la coyuntura histórica. De ahí en más Perón deberá convivir con un peronismo distinto al que había concebido al iniciar su carrera hacia el poder.

En efecto, merced al triunfo de su liderazgo de masas, el estado sobre el que gobernará Perón a partir de 1946 quedará expuesto a la acción de los trabajadores organizados y se convertirá en un instrumento más de su participación social y política. El conjunto de derechos y garantías al trabajo incorporadas a las instituciones, la penetración del sindicalismo en la estructura estatal y su lugar clave en el sostenimiento del régimen, todo ello tendrá la virtud de introducir límites ciertos a sus políticas, particularmente en el terreno económico y visibles, sobre todo, al diluirse la prosperidad de los primeros tres años (1946-1948). La pretensión de constituir un estado arbitral y autónomo concluirá dando lugar a un estado que será, como lo era el de la restauración conservadora pero con un signo social muy diferente, también un estado representativo de ciertos intereses políticos y sociales específicos; lo cual habrá de debilitar la legitimidad de sus actos ante un amplio espectro de la opinión del país.

Asimismo, el movimiento de unanimidad nacional, que debía ser la réplica de un modelo de partido como el PRI mexicano, con tantas ramas como sectores corporativos hubiere, terminará siendo un movimiento fuertemente desbalanceado por la presencia obrera organizada. Inclusive, la ideología de paz social y orden bajo cuyos auspicios la Argentina debía marchar hacia una "comunidad organizada", estará atravesada por el componente popular y de clase del peronismo. Así, Perón deberá revalidar su liderazgo a través de una renegociación constante de su autoridad sobre las masas obreras, y esto lleva al régimen a recrear en forma periódica sus condiciones de origen. En esas circunstancias, la palabra de Perón se desdobla, y por la voz crispada de Evita es revivido el clima de 1945, y se actualizan, en toda su fuerza primigenia, los antagonismos sociales.

Estado, movimiento e ideología estarán marcados, pues, por el sobredimensionamiento del lugar político que ocupan los trabajadores en el peronismo, producto inesperado del desarrollo y del desenlace de la coyuntura en la que se forma y conquista el poder. A partir de esta conclusión de nuestro libro es que entendemos que una visión atenta a las transformaciones que el juego político impone al proyecto de los actores debería problematizar aquello que aparece habitualmente como el remate, como el fin de la historia. Esto es, se trata de combatir la manía profesional del historiador que reduce el campo de posibilidades encerrado en el pasado a ese futuro único desde cuyo presente escribe, porque sólo éste ha tenido lugar.

Este vicio de la práctica histórica aparece manifiesto en no pocos estudios del peronismo, que hacen suya la conclusión de la historia, la sacralizan, se identifican con los vencedores y no resisten la tentación de ver allí la obra de un destino que se cumple. Bajo esta inspiración emprenden luego el trabajo de reconstrucción del pasado, que se resuelve con frecuencia en la narración de cómo fue preparándose, inexorablemente, el triunfo de lo nuevo sobre lo viejo, de la justicia sobre los privilegios. Una historia semejante puede servir, como las vidas ejemplares de los santos, para la exaltación de los iniciados a un culto ideológico; lejos está, empero, de satisfacer el impulso inicial que nos lleva a la historia, esa curiosidad intelectual por entender los motivos que ligan el conocimiento del pasado con la vivencia de este nuestro siempre inquietante presente.